

# EL CVENTO AZUL

40  
cents

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Unida a la muerte

El Ayuntamiento de Madrid







UNIDA A LA MUERTE

Lea V

LOS JUEVES

*Los novelistas*

30 CTS

LOS SÁBADOS

**EL TEATRO**

50 CTS.

**AVENTURAS**

50 CTS

LOS DOMINGOS

**El Sheriff**

30 CTS.

Pida folheto explicativo de  
suscripciones con regalo

Solicite catálogos

Imp. Artística Sáez Hermanos.-  
Norte, 21, Teléf. 16244. Madrid.



# EL CUENTO AZUL

UNIDA A LA MUERTE

POR

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

Ilustraciones de  
MAXIMO RAMOS



PRENSA MODERNA

A. Aguilera, 58

Madrid

Apartado 8.012

**En el próximo número:**

**El papá de las bellezas**

**POR**

**Felipe Trigo**

## Nota preliminar

*Esta novela breve, que hasta hoy ha permanecido inédita, pertenece a la serie de fantasías y caprichos que el poeta tenía proyectados y en los que reflejaba con prodigiosa fidelidad costumbres y ambientes exóticos, para él por completo desconocidos. A esta serie pertenece "El Caudillo de las manos rojas", y tenía perfectamente planeados "Luz y nieve" (estudio de las regiones polares), "La Diana india" (estudio de América), "La Bayadera" (estudio indio).*

*Una copia del manuscrito original la guardaba entre sus papeles el gran amigo de Bécquer, Juan de la Puerta Vizcaino, de cuyas manos pasó a las de Julio Nombela, compañero inseparable del poeta también.*

*La dedicatoria "A la señorita M. L. A." coincide con la de la última "Carta desde mi celda".*





# Unida a la muerte

DEDICATORIA

A la señorita M. L. A.

## CANTO PRIMERO

### I

Conocéis ese país donde crecen el mirto y el ciprés, emblemas de amor y de tristeza, y donde la furia del buitre y la ternura de la tórtola se deshacen en dolor o se exaltan hasta el crimen? ¿Conocéis el país del cedro y de la viña, ese país donde las flores están siempre abiertas, el cielo siempre brillante; donde el ala del céfiro, en medio de los jardines de rosas, se rinde bajo el peso de los perfumes; donde el limonero y el olivo ostentan frutas tan bellas y la voz del ruiseñor no cesa nunca de cantar; donde los colores de la tierra y los matices del firmamento, aunque diversos, rivalizan en hermosura; donde una púrpura más oscura colora el Océano; donde las vírgenes son tiernas como las rosas con que forman lindas guirnaldas, y donde, en fin, todo es divino, si se exceptúa la condición del hombre?

Ese es el clima del Oriente, la tierra del Sol...; pero los corazones de sus habitantes, lo mismo que las acciones, son tan sombríos como el último adiós de dos amantes.

■

**R**odeado de numerosos esclavos, todos fieles y decididos, completamente armados como conviene a los valientes, y atentos a la menor señal de su dueño, ya para guiar sus pasos, ya para vigilar por su seguridad y reposo, el anciano Giaffir se halla recostado en su cómodo diván. Parece sumamente preocupado: como todo buen musulmán, acostumbrado a disimular lo que no sea su indomable orgullo, no permite leer jamás en su semblante sus pensamientos secretos. Sin embargo, en este instante, por una rara excepción, las facciones del rostro pensativo de Giaffir son menos discretas que de costumbre.





Que se retiren todos de esta sala! ¡Que se presente aquí al momento el jefe de la guardia del harén!

Así habló Giaffir. Nadie permaneció en la sala más que su hijo y un nubio ejecutor de sus órdenes. El viejo continuó dirigiéndose a éste:

—Harun, tan pronto como esa multitud de esclavos haya atravesado el dintel de la puerta exterior, irás a buscar a mi hija a su torre; he dedicado ya de su destino; pero nada le comuniqués que pueda hacerle entrever mis proyectos. Yo únicamente debo manifestarle cuál es su deber.

—¡Pachá, oír es obedecer!

Un esclavo no puede responder otra cosa al déspota.

Harun iba a salir para dirigirse a la torre; pero se detuvo porque el joven Slim rompió el silencio. Antes de pronunciar la primera palabra, se inclinó profundamente; luego, con voz dulce y manteniéndose en pie, pues el hijo de un musulmán moriría antes de atreverse a tomar asiento delante del autor de sus días, se expresó de esta manera:

—Padre, antes de castigar a mi hermana o a su negro guardián, es preciso que sepas que si hay algún culpable, lo soy yo solamente. Que tu cólera no caiga, pues, más que sobre mí. ¡Estaba la mañana tan hermosa! La vejez y el cansancio pueden amar el sueño; pero, yo, padre, yo... no podía dormir... He ido a buscar a Zuleika, porque para contemplar los más bellos aspectos de la tierra y del mar necesitaba otra persona a quien comunicar los pensamientos que hiciesen latir mi corazón. ¡Ah! ¡Es tan triste la soledad! Sabes que las puertas del harén se abren fácilmente para mí; antes de que los esclavos que las guardan hubiesen despertado, Zuleika y yo estábamos ya bajo los bosques de cipreses y devorábamos con nuestros ojos la tierra, el Océano y el cielo. Nos hemos paseado quizá demasiado tiempo entretenidos con la historia de Mejnum y Leila y con los versos del persa Sadi, que nos han hecho olvidar las horas; hasta el momento en que oyendo el sonoro eco del tambor que anuncia tu diván, fiel a mi deber he acudido a saludarte. En cuanto a Zuleika... Zuleika se halla todavía en el jardín; pero ningún mortal ha visto sus facciones... ¡Oh padre!, no te irrites; ¡recuerda que nadie puede penetrar bajo esas misteriosas sombras!



#### IV

**H**ijo de una esclava, nacido de una madre infiel!—dijo el Pachá—. ¡En vano anhelaría tu padre encontrar reunidas en ti las cualidades que anuncian un hombre! Cuando tu brazo debía ser diestro en tender el arco, lanzar una flecha y domar un corcel, griego en el alma ya que no en la creencia, ¡vas a meditar oyendo el murmurio de las aguas, o a contemplar cómo se abren las flores! ¡Pluguiese a Dios, el poderoso Alá, que ese astro, cuyo esplendor tu frivolidad admira tanto, se dignase comunicarte una sola centella de su llama! ¡Oh! ¡Tú serías muy capaz de ver con sangre fría desmoronarse piedra por piedra estas almenas, bajo el cañón de los cristianos, y caer los viejos muros de Stambul ante los moscovitas, sin herir con un solo golpe a esos perros de Nazaret! Ve, ve, y que tu mano, más débil que la de una mujer, empuñe la rueca y no la espada. Tú, Harun, corre al lado de mi hija y... escucha bien: ¡va en ello tu propia cabeza! Si Zuleika emprende el vuelo con demasiada frecuencia... ¿Ves este arco? ¡Tiene una cuerda!



**N**i una sola palabra salió de los labios de Selim, ni un solo acento que llegase, al menos, a los oídos del anciano Giaffir; pero cada una de las miradas de éste, cada una de sus palabras, había atravesado el corazón del joven como no lo hubiera hecho la espada de un cristiano.

—¡Hijo de una esclava! ¡Acusarme de cobardía! ¡Semejantes insultos le habrían costado bien caros a otro que no fuese él! ¡Hijo de una esclava! ¿Qué es entonces mi padre?

Así daba curso Selim a sus tristes pensamientos. En su semblante se notaba algo más que la cólera. Giaffir miró a su hijo y se estremeció, porque llegó a leer en sus ojos la impresión producida por los duros apóstrofes que le había dirigido, y creyó ver asomar la rebelión.

—Ven aquí, niño... ¡Cómo! ¿No respondes? Te observo y te conozco; pero hay ciertas cosas que jamás te atreverías a emprender. Si tu barba fuese más poblada, si tu mano estuviese dotada de la destreza y la





fuerza necesarias, vería con gusto cómo rompías una lanza, ¡aunque hubiese de ser contra la mía!

Al pronunciar estas frases irónicas, los ojos sombríos del pachá se volvieron a fijar en los de Selim, que le devolvió mirada por mirada; pero de un modo tan altanero y tenaz, que Gaffir fué el primero a ceder dirigiendo la vista hacia el otro lado. ¿Por qué? No pudo explicarse la causa.

—¡Temo—pensó—que algún día este mozo temerario me cause graves pesares! Le odio y él... pero su brazo no es temible... a duras penas consigue vencer en la caza al gamo salvaje o a la tímida gacela... está muy lejos de ocupar un puesto en la arena donde los hombres se disputan la gloria y la vida. A pesar de todo, no me agrada ese modo de mirar, ni ese acento; y luego ¡esa sangre... esa sangre que toca tan cerca a la mía! Basta, puede oírme... Le observaré con más cuidado en lo sucesivo. No veo en ese muchacho más que un vil árabe o un cristiano pidiendo cuartel. ¡Ah! ¿Qué escucho? ¡La voz de Zuleika! ¡Esa voz suena a mis oídos como el himno de las huríes! Zuleika es mi predilecta; la quiero más aún de lo que he querido a su madre; porque de ella tengo que esperarlo todo y nada que temer. ¡Oh, mi Peri! ¡Eres bien venida a mi lado! ¡Tú eres dulce a mis ojos como la fuente del desierto a unos labios sedientos! ¡El peregrino devuelto a la vida no puede ofrecer en el altar de la Meca acciones de gracias más fervientes que las de un padre que bendice tu nacimiento y tu vida toda entera!





VI

Bella como la primera mujer que, seducida una vez para seducir luego ella siempre, sucumbió ante esa terrible pero amable serpiente, cuya imagen se había grabado en su alma; deslumbradora como esas visiones tan inefables que el sueño concede al dolor cuando, en delicioso desvarío, un corazón se une a otro corazón que amó, viendo resucitar en el cielo lo que había perdido en la tierra; dulce como el recuerdo de una pasión que encierra la tumba; pero como la plegaria que el niño dirige a Dios... tal era la hija del viejo jefe. Giaffir la recibió derramando lágrimas... pero no de pena.

¿Qué hombre no experimenta cuán impotentes son las palabras para pintar un solo átomo de los resplandecientes destellos de la hermosura? ¿Qué hombre no ha sentido en el colmo de su arrobamiento turbarse su vista, temblar sus mejillas y desfallecer su corazón viéndose obligado a confesar el poder, la majestad de los encantos de la mujer? ¡Muy bella era Zuleika! Reinaba en torno suyo cierto atractivo indecible, que ella únicamente podía desconocer: era la luz del amor, la

pureza de la gracia, la inteligencia y la armonía, todo esto irradiando en sus facciones. Poseía un corazón cuya ternura parecía formar de todas aquellas admirables cualidades una sola... y su mirada... ¡ah!, la mirada de Zuleika era su misma alma.

Con los graciosos brazos tranquilamente cruzados sobre su seno naciente y dispuestos a abrirse a la primera palabra de cariño, apareció delante de Giaffir. El anciano, al contemplarla, casi titubeó respecto de la resolución que tenía adoptada. El corazón del pachá, aunque feroz, no había abrigado ni un pensamiento siquiera contrario a la felicidad de su hija; pero si el afecto ligaba este corazón al de la hermosa niña, la ambición, por otra parte, trabajaba para romper los eslabones de tan dulce cadena.



## VII

**Z**uleika, mi hija querida! Este día te hará conocer el extremo de mi cariño hacia ti; pues, a pesar de mi dolor, voy a resignarme a perderte, concediendo tu mano de esposa a un infeliz mortal; pero ese mortal es el más valiente de los guerreros que se haya visto combatir en primera fila. Nosotros, los musulmanes, no nos preocupamos hoy de lo ilustre del nacimiento; sin embargo, la raza de los Kara Osman, inalterable siempre, descuella siempre al frente de los Timariotas, intrépidos defensores de los ricos feudos que su valor ha conquistado. Te basta saber que el que te pretende como esposo es un pariente del célebre Oglú; no nos ocupemos de su edad: nunca he pensado casarte con un niño. Cuantiosas rentas te serán señaladas para formar mañana tu noble viudedad. Mi poder, unido al suyo, podrá desafiar el firmán de muerte que otros acogen temblando... ¡Oh!, nosotros haremos comprender al mensajero imperial cuál es la suerte reservada al portador de un regalo semejante. Conoces la voluntad de tu padre; es todo lo que una buena hija debe saber. A mí me corresponde indicarte el camino de la obediencia; a tu nuevo señor, enseñarte el del amor.



## VII

**L**a joven inclinó silenciosa la cabeza, y si sus ojos se llenaron de lágrimas, que sus comprimidos sentimientos lograron contener difícilmente; si sus mejillas se cubrieron alternativamente de palidez o de ardiente rubor, según las palabras de su padre llegaban como saetas a sus oídos, ¿qué podía revelar todo esto sino temores virginales? Es tan dulce una lágrima en los ojos de la hermosura, que el amor casi siente secarla con un beso; es tan dulce el rubor de la modestia, que la piedad misma parece que recela verlo desaparecer. Cualquiera que fuese la causa de esta emoción, Giaffir no la comprendió o aparentó no comprenderla. Dió tres palmadas; pidió su corcel convenientemente aparejado para un simple paseo, dejó el "tchibuk" adornado de pedrería, y rodeado de numeroso séquito, en el cual se distinguían los mamelucos y los intrépidos delhis, se puso en camino con el objeto de asistir a los ejercicios de la cortante cimitara y del inofensivo "djerrid". El kistar-agá y sus eunucos negros quedaron para guardar las macizas puertas del harén.

## IX

**E**ntretanto, Selim, con su cabeza apoyada en una mano, dejaba vagar su mirada errante sobre las olas de un azul sombrío que se deslizaban con rapidez y se hinchaban blandamente entre los sinuosos Dardanelos. Sin embargo, no veía el mar ni sus orillas, ni aun la comitiva del pachá, ocupada en dividir a la carrera, con el filo de la cimitarra, un fieltro doblado; no reparaba en las evoluciones de la multitud que disparaba la jabalina; no oía los gritos salvajes ni los alegres Alá...

No pensaba más que en la hija de Giaffir.



# X

Ninguna palabra dejaban escapar los labios de Selim: un solo suspiro expresaba cada uno de sus pensamientos, que volaban hacia Zuleika, y continuaba mirando por una celosía, pálido, mudo y en una triste inmovilidad. Los ojos de Zuleika estaban fijos en el joven; pero en vano intentaba adivinar lo que podía preocuparle. El dolor de ambos era uno mismo, aunque la causa fuese diferente. Una llama más suave ardía en el corazón de la tierna doncella. Por temor o debilidad, sin saber por qué, se abstenía de hablar y, sin embargo, su pecho agobiado necesitaba desahogarse de algún modo.

—¡Es bien extraña—decía Zuleika—la conducta que observa conmigo! Ni un solo momento de atención le merezco. No sucedía esto cuando estábamos juntos otras veces. ¡Ah! ¡No era así como nos encontrábamos, ni es así como debemos separarnos!

Por tres veces consecutivas recorrió la habitación sin perder ni un movimiento siquiera de Selim; cogió luego una urna donde se hallaba encerrado el perfume que los persas llaman "afar-gue", y roció con él los



ricos artesonados y el lustroso pavimento. Las gotas de la esencia embalsamada cayeron también sobre el traje bordado de Selim, y corrieron desapercibidas por su pecho, como si hubiesen sido de mármol.

—¡Ay!, siempre pensativo. ¡Yo no puedo sufrir más tiempo semejante indiferencia! ¡Oh, Selim! Tan amante, tan cariñoso hasta hoy. ¿Podía esperar esto de ti?

Reparó entonces en una cestilla de las más bellas flores de Oriente.

—¡Son mis favoritas! ¡Quizá las acoja todavía con placer, ofrecidas por la mano de Zuleika!

Apenas había concebido este proyecto infantil, lo puso por obra, formando una preciosa guirnalda de rosas. En seguida la niña encantadora se sentó a los pies de Selim, diciéndole:

—Este ramo de rosas es un regalo que me ha traído Bulbul para calmar las penas de mi hermano; me anuncia que esta noche prolongará su dulce canción, a fin de recrear los oídos de Selim, y aunque su melodía sea algo triste, hará todos los esfuerzos posibles para disipar tus melancólicos pensamientos.

Cómo! ¿Desdeñas mis pobres flores? ¡Oh, qué desgraciada soy! ¡Permaneces indiferente a mi lado! ¿Es decir, que ya no conoces a la que te ama sobre todo en el mundo? ¡Ah!, querido, más que querido Selim, habla... ¿Qué significa lo que está pasando? ¿Debo creer que me odias, o que me temes? Ven, reclina tu cabeza en mi seno, y alejaré tus tristes ideas a fuerza de besos, una vez que las palabras y las canciones nada pueden conseguir, ni aun las de mi complaciente ruiñeñor. No ignoro que nuestro padre es a veces temible..., intratable..., ¡pero tú! Nunca te he visto de esta manera. El no te quiere, lo conozco demasiado; pero ¿olvidas por ventura hasta qué extremo te ama Zuleika? Mas... ahora creo comprender...; sí..., no hay duda..., el proyecto del pachá..., ese bey de Kara-Osman. Dime, Selim, ¿es acaso enemigo tuyo? Si así es, te juro por el templo de la Meca, con tal de que mis votos puedan ser bien acogidos en ese templo al cual no es permitido acercarse el pie de una mujer, te juro que sin tu libre consentimiento, sin tu orden expresa, ni al mismo sultán concederé mi mano. ¿Piensas



que me es posible separarme de ti y dividir en dos mi corazón? ¿Dónde estaría entonces tu amiga, y quién me serviría de guía? ¡Si ese caso llegase, el dardo mortal de Az-rael, que todo lo separa aquí abajo, sepultaría nuestros dos corazones en una misma tumba!

**A**l oír estas palabras, Selim renace, respira, se mueve, levanta a Zuleika, que estaba arrodillada a sus pies, y sus angustias parecen disipadas. Sus ojos brillantes de esperanza expresan de nuevo mil ideas que dormían en las tinieblas de su corazón. Como un arroyo largo tiempo oculto por las ramas de los sauces de la orilla, se muestra de repente y hace resplandecer a la luz el cristal de sus aguas; como el rayo se lanza rápido de la negra nube que lo contiene; así el alma de Selim resplandece también en sus ojos y se deja ver al través de sus largas pestañas.

El caballo de batalla, al oír el bélico sonido de la trompeta, el león interrumpido en su sueño por un sabueso imprudente, un tirano provocado a una repentina lucha por la punta del puñal que ha errado el golpe, parece que recobran nuevamente la vida con una energía convulsiva; del mismo modo, Selim se inflama, al escuchar tan dulces promesas, y deja traslucir todos los sentimientos de su dulce corazón.

—¡Ahora eres mía, para siempre mía! ¡Mía por toda la vida y más allá tal vez! ¡Ahora eres mía! Ese



juramento solemne, pronunciado por tu boca, nos encadena a ambos. ¡Oh! ¡Has estado tan bien inspirada como tierna...; ese juramento ha salvado más de una cabeza! ¡Fuera ya el temor! El más pequeño bucle de tu cabellera reclama de mí los mayores esfuerzos; por todos los tesoros encerrados bajo las bóvedas de Ystakar, no sacrificaría un solo cabello de los que adornan tu frente. Esta mañana las negras nubes se han amontonado sobre mí. He recibido una lluvia de quejas..., de insultos... ¡Giaffir me ha llamado cobarde! Ahora me sobran motivos para ser valiente, y probaré que lo soy. ¡Yo, el hijo de una esclava desdenada! No tiembles: ésas son sus palabras...; pero yo, que nada valgo, le haré conocer un corazón, una voluntad que ni su cólera ni su mismo brazo podrán avasallar. ¿Soy hijo suyo? ¡Ah!, sí, gracias a ti lo soy o lo seré al menos. Zuleika, el juramento que nos hemos hecho debe permanecer secreto y solo entre nosotros dos. Conozco al miserable que se atreve a pedir tu mano a Giaffir, sin consultar tu corazón. Entre todos los jefes de esta comarca no se encontrarían riquezas peor adquiridas ni un alma más vil. ¿No pertenece a esa raza de Egipto, más despreciable todavía que los hijos de Israel? Pero el tiempo te hará saber algunas cosas. Yo y los míos nos encargaremos de Osman-bey; porque en un día de peligro no me faltarán auxiliares. No creas, Zuleika, que soy lo que hasta aquí he parecido; ¡tengo armas, amigos, y la venganza no está lejos!

### XIII

**N**o eres lo que has parecido! Efectivamente, Selim, un triste cambio ha tenido lugar; ésta mañana aún te he visto tierno, amable, pero ahora me pareces otro. Y, sin embargo, tú no podías ignorar mi cariño; no ha sido nunca menos profundo; no puede serlo más. Verte, oírte, estar a tu lado, maldecir la noche sin saber la causa, al no ser ésta el no poder verte sino de día, vivir contigo y contigo morir... ¡esas son todas mis esperanzas! Besar tus mejillas..., tus ojos..., tus labios..., así..., así...; pero, ¡basta!, ¡basta!, ¡tus labios son de fuego! ¡Alá! ¿Qué fiebre, qué ardor circula por tus venas que también se me comunica? ¡Oh!, cálmate, Selim, y escucha: mitigar tus sufrimientos en las enfermedades y velar por tu salud; participar de tus riquezas, procurando conservarlas, o sonreírte en la pobreza, sin temerla a tu lado; sostener el peso de la desgracia sin murmurar, por grande que sea; hacer todo en el mundo por ti, menos cerrar tus ojos morimundos, porque no viviría el tiempo necesario para intentarlo siquiera...; ¡he ahí a cuánto mi alma aspira!





¿Puedo yo hacer ni tú pedir más? Pero es preciso que me digas por qué razón debemos rodearnos de tanto misterio. Yo no puedo adivinarla; no obstante, tú lo quieres; está bien hecho. Hablaste también de armas, de amigos; eso sí que es superior a mi inteligencia. Se me figura que sería bueno que mi padre tuviese conocimiento del juramento que te hice, pues al fin su cólera toda no hubiera conseguido hacérmelo revocar, y de ese modo me dejaría libre ciertamente. ¿Puede parecerle extraño a nadie que yo quiera permanecer lo que siempre he sido? ¿Ha visto acaso Zuleika, desde los primeros días de su infancia, a otro sino a ti, mi compañero de su soledad y de sus juegos? Estos queridos pensamientos, que han nacido con mi vida, que he acariciado siempre, ¿por qué no podré manifestarlos ahora? ¿Qué cambio ha sobrevenido que me obligue a renegar hoy de una cosa en la cual tú y yo hemos cifrado hasta aquí nuestro orgullo? ¡Mostrarme a las miradas de un extranjero! Nuestra ley, nuestra creencia, nuestro Dios, lo prohíben, y nunca abrigaré la idea de oponerme a la voluntad del Profeta... ¡Oh, no!; debo bendecirle siempre, pues todo me lo ha dejado, dejándome tu presencia. Sería espantoso para mí tener que entregarme a un hombre a quien jamás he conocido. ¿Por qué he de formar misterio de esta repugnancia tan natural? ¿Y por qué tú mismo me exhortas a que oculte ese sentimiento? Conozco que el severo carácter del pachá no se ha dulcificado para ti en ninguna ocasión...; además..., le sucede con tanta frecuencia irritarse por cualquier motivo insignificante. ¡Oh, Alá! ¡No permitas que los encuentre nunca en nuestra conducta! Selim, no sé por qué este misterio pesa sobre mi corazón como una grave falta. Si



semejante secreto puede ser culpable, dímelo, Selim; dímelo mientras sea tiempo, y no me dejes presa de crueles temores. ¡Ah!, ya vuelve la comitiva. Mi padre ha terminado sus distracciones guerreras... ¡Cómo tiemblo al pensar que sus miradas van a encontrarse con las mías! Selim, ¿podrás decirme por qué?

#### XIV

**Z**uleika, retírate a la torre...; voy a reunirme a Giaffir. Es preciso que me ocupe con él de firmanes, de impuestos, de levadas de soldados, de política. Terribles noticias se han recibido del Danubio. Nuestro visir deja disminuir las filas de sus guerreros con una longanimidad que el Giaur debe agradecerle en extremo; pero el sultán tiene un medio expeditivo de recompensar triunfos tan costosos. Oye-me bien, Zuleika. Esta tarde, cuando el tambor haya señalado a los servidores del pachá la hora del refrigerio y del reposo, Selim irá a buscarte; nos deslizaremos con mucha cautela fuera del harén e iremos a pasearnos a la orilla del mar. Los muros de los jardines son elevados; ningún importuno se atreverá a escalarlos para escucharnos o turbar nuestra entrevista, y si alguno lo intentase, tengo un sable cuyo filo han probado ya varios y probarán muchos más todavía. Así que llegue ese momento, sabrás sobre la vida de Selim lo que no has sabido ni pensado hasta hoy. Ten confianza en mí, Zuleika; no me temas...



—¡Temerte, Selim! ¡No vuelvas a pronunciar semejantes palabras!

—Bien. No me detengas. Tengo la llave, y entre los guardias de Harun, unos han recibido ya la recompensa, y otros la esperan. Esta tarde, Zuleika, sabrás lo que soy, lo que proyecto y todo lo que puedo temer aún. Recuerda lo que te he dicho: ¡no soy lo que parezco!





## CANTO SEGUNDO

### I

**L**os vientos se levantan sobre la mar de Hele, como en esa noche tempestuosa en que el amor, que le había arrojado al abismo, se olvidó de salvar al joven, al bello, al valiente Leandro, única esperanza de la virgen de Sestos. ¡Oh!, cuando en el lejano horizonte vió brillar el faro de la torrecilla, en vano la creciente brisa, la onda que se estrellaba espumante y los gritos de las aves marinas le indicaban que permaneciese en tierra; en vano las nubes sobre su cabeza y las olas bajo sus pies le aconsejaban, por medio de sus señales y su lenguaje, que no desafiase el peligro. El no quiso ver ni oír estas amenazas; su mirada no se fijaba más que en la antorcha del amor, la sola estrella que le sonreía en el cielo; sus oídos no percibían sino aquel canto de la bella sacerdotisa:

"¡Oh crueles olas!, ¿separaréis siempre a dos amantes?"

Esta poética narración es muy vieja; pero el amor puede comunicar todavía bastante aliento a los corazones jóvenes, para demostrar que es verdadero.

## II

**L**os vientos se levantan y las olas de la mar de Hele se agitan irritadas sobre la superficie del insondable abismo. Las sombras de la noche velan ese campo de batalla, donde tanta sangre ha sido derramada inútilmente, ese desierto que hoy reemplaza al imperio del viejo Priamo; esos sepulcros, únicos restos de tanta grandeza; los únicos, si se exceptúan los ensueños inmortales que deleitaban al anciano ciego de la escarpada Scoi.



### III

**S**i yo pudiese, ¡oh antiguo poeta! (porque esos sitios los he visitado yo, mis pies han hollado esas sagradas riberas, y mis brazos han hendido esas ondas tumultuosas), si yo pudiese soñar aquí y llorar contigo, reconocer todavía ese teatro de antiguos combates, creer que cada montecillo verde encierra las cenizas de un verdadero héroe y que alrededor de esta escena de maravillas irrefragables ruge el Helesponto inmenso, como tú lo viste otras veces. ¡Si yo pudiese conservar largo tiempo estas creencias! Mas... ¿quién al contemplar ese espectáculo puede dudar de ti?

#### IV

**L**a noche ha descendido sobre las olas de la mar de Hele, y la Luna no se ha levantado todavía en las cumbres del Ida, esa Luna que ha alumbrado a los héroes del gran poema; ningún guerrero dirige ya acusaciones a los apacibles y brillantes rayos del astro, pero los pastores, reconocidos, le bendicen siempre.

Los rebaños pacen sobre el túmulo del héroe que cayó herido por la flecha del pastor dardanio. Esa pirámide imponente, levantada por los pueblos, coronada por los monarcas, y en torno de la cual el pretendido hijo de Júpiter Ammon hizo rodar su carro, no es ahora otra cosa que un montecillo insignificante aislado y sin nombre. ¡Ah! ¡En lo interior, tu habitación es tan reducida! En lo exterior, sólo los extranjeros pueden articular tu nombre. El polvo dura más tiempo que la piedra esculpida de los sepulcros; pero en ti... hasta ese mismo polvo ha desaparecido.





V

Tarde ya, muy avanzada la noche, Diana regocijará la vista del pastor y disipará los temores del marino; hasta aquel momento ningún faro colocado sobre la escarpada orilla puede servir de guía al buque que llegue a perder su rumbo. Los resplandores esparcidos en varias partes de la bahía se han ido extinguiendo unos después de otros. A esta hora solitaria, la única claridad que se divisa sale de la torre de Zuleika. En esa morada desierta se ve brillar todavía la luz de una lámpara: sobre la otomana de seda relucen las olorosas cuentas del rosario de ámbar que han desgranado los hermosos dedos de la joven; junto a ésta, muy cerca de ella (¿cómo podría olvidar nunca una joya semejante?) está el santo amuleto, el precioso talismán de su madre incrustado de radiantes esmeraldas, y sobre el cual se hallan grabados los versículos del Corán, que saben dulcificar las angustias en esta vida y conquistar la felicidad en la otra. Al lado del rosario turco hay un Corán con letras magníficamente iluminadas, y varios poemas que los amanuenses persas han copiado en brillantes ca-

racteres; sobre estos rollos se ve colocado el laúd, pocas veces mudo como hoy. En fin, en torno de la lámpara de oro cincelado, aromáticas flores abren sus pétalos en bellos jarrones de China. Las ricas telas de Irán, los perfumes de Shiraz, todo lo que puede encantar la vista o los sentidos, aparece reunido en este suntuoso retiro; y, sin embargo, reina allí cierta atmósfera de tristeza. La Peri, el alma de esta encantada celda, ¿por qué se encuentra ausente en una noche tan cruda?



## VI

**E**nvuelta en un negro manto, como el que usan los más nobles musulmanes, a fin de preservar de la fresca brisa un pecho tan querido para Selim como la luz del cielo, Zuleika atraviesa con tímido paso los bosquecillos de los jardines; como una inocente paloma se estremece cada vez que el viento deja oír sus sordos gemidos en los parajes desprovistos de árboles. Por fin, al llegar a un terreno más llano, su seno agitado vuelve a latir más dulcemente. La virgen camina detrás de su silencioso guía, y aunque a consultar el terror que la domina, se volvería a la torre gustosa, todo lo arrostra por no abandonar a Selim; y ni siquiera se atreve a articular la más leve queja.

## VII

**L**egan al cabo a una gruta cortada por la misma naturaleza y perfeccionada por la mano del hombre. En esta gruta era donde Zuleika gustaba de hacer resonar su laúd o meditar sobre los preceptos del Corán. Con frecuencia se había preguntado la hermosa niña, en medio de sus juveniles fantasías, lo que vendría a ser el paraíso.

—Una vez que el Profeta no se ha dignado revelar dónde debe ir el alma de la mujer al abandonar el cuerpo, y siendo fácil de presumir cuál deba ser la mansión futura de Selim, ¿cómo podría éste soportar su permanencia en otro mundo, por deliciosa que fuese, sin aquella a quien tanto había amado en éste? ¿Qué otro ser tan tierno podría reemplazarla? ¿Sería acaso posible que una huri llegase a prodigarle tan dulces cuidados? ¡Oh, no! Ni pensarlo siquiera.



## VIII

**H**acia algún tiempo que Zuleika no visitaba esta gruta, y le pareció hallarla algo transformada: ¿sería acaso efecto de la noche que alteraba la forma de los objetos? Porque, realmente, la lámpara de cobre que alumbraba esparcía sólo una claridad dudosa. Sus miradas percibieron en un rincón haces de armas amontonadas, pero no armas parecidas a las que el Delhi, ceñida la frente con un turbante, empuña en la batalla...; eran sables, espadas, cuyas hojas y cuyas empuñaduras tenían formas extrañas... y una de aquellas hojas estaba teñida en sangre... ¡Algún crimen, sin duda! ¿La sangre vertida por una espada no supone un crimen? Se veía además sobre la mesa una copa que no parecía a propósito seguramente para contener el ligero sorbete. ¡Qué significaba todo esto? La joven se vuelve para interrogar a Selim: “¡Oh, Alá! ¿Es él por ventura?”

## IX

Su brillante traje había desaparecido; su frente no estaba ya coronada por un alto turbante: en lugar de éste, un "schal" encarnado, ligeramente torcido, le cubría las sienes. Aquel puñal, cuya guarnición se hallaba adornada con una perla, que hubiera figurado dignamente en una diadema, ya no brillaba en su cintura, guarnecida ahora de muchas pistolas unidas estrechamente unas a otras. Un sable colgaba de su tahalí, y de sus espaldas bajaba con cierta negligencia la capa blanca, esa ligera capa con que se cubren los candiotas en sus excursiones errantes. Por debajo, un coselete, cubierto de láminas de oro, encerraba su pecho como una coraza; sus piernas estaban revestidas con una especie de grebas de escamas de plata, sujetas bajo las rodillas con broches del mismo metal. Si la energía del mando no se revelase en sus ojos, en su voz, en sus gestos, una mirada poco minuciosa sólo hubiera reconocido en él a algún joven marino griego.





X

**T**e he dicho, Zuleika, que no era lo que parecía ser; hoy te convencerás de esa verdad. Tengo que referirte sucesos que nunca habrías podido imaginarte. Si en el fondo de cuanto te diga, que es la pura verdad, hay algo de terrible, no faltará quien reciba por ello el justo castigo. En vano sería que intentase ocultarte mi historia por más tiempo. No quiero verte esposa de Osmán. Si, no obstante, sus propios labios no me hubiesen hecho conocer el lugar que ocupo en tu tierno corazón, no podría, no querría revelarte aún los terribles secretos del mío. Hoy no te hablaré de mi amor; dejo al tiempo, a los hechos, a los peligros, el modo de probártelo. Pero una cosa debo decirte antes de nada: ¡Zuleika, no te cases con otro! ¡Yo no soy tu hermano!!





## XI

**N**o eres mi hermano! ¡Ah! ¡Retracta esas palabras, Selim! ¡Es decir, que quedaré sola en la tierra para llorar, no diré para maldecir...; para llorar el día que fuese testigo de mi nacimiento solitario! ¡Oh! ¡Ahora ya no me amarás como antes! Por algo sentía desfallecer mi corazón...; preveía esta desgracia! ¡Pero yo no puedo creerlo...; tú siempre verás en mí a tu hermana..., tu amiga..., tu Zuleika! ¿Podría suceder otra cosa? Porque ¿me conducirías a este sitio para matarme acaso? ¿Tienes alguna venganza que tomar de mí? ¡Ahí tienes mi pecho, hiere! ¡Prefiero cien veces contarme en el número de los que han dejado de existir, a vivir en este mundo sin ser nada para ti, o merecer tu odio! ¡Ahora comprendo la causa que tenía mi padre para mostrarse constantemente tu enemigo!... Y yo, yo, ¡ay de mí!, soy la hija de ese Giaffir por quien has sido despreciado, humillado. ¡Selim, Selim, si no soy tu hermana y te dignas respetar mi vida..., permíteme ser tu esclava!

## XII

**T**ú mi esclava, Zuleika! Yo soy y seré siempre tuyo! Pero, amor mío, calma ese transporte; tu suerte está ligada a la mía eternamente: te lo juro por la tumba de nuestro Profeta, y ojalá que este juramento pueda servir de bálsamo a tus penas. ¡Y así como sostendré este solemne voto, permita Alá que los versículos del Corán grabados sobre mi sable dirijan su hoja de modo que nos preserve a ambos en los peligros! Ese nombre tan querido para ti, en el cual tu corazón cifra su orgullo, debe desaparecer o cambiar desde luego; pero es preciso que te advierta, ¡oh mi Zuleika!, que los lazos de parentesco no quedan rotos absolutamente entre nosotros, por más que tu padre sea mi más mortal enemigo. Mi padre era para Giaffir lo que Selim parecía ser para ti hasta este momento. Ese hermano consumó el asesinato de su hermano, y respetando mi tierna edad me meció con pérfidas ilusiones, que justas represalias deben castigar. Fui criado, educado, al lado suyo, no con ternura, sino del mismo modo que Caín hubiera hecho con su sobrino; me vigiló como se pue-



de vigilar a un leoncillo que roe su cadena para romperla algún día. La inocente sangre de mi padre hierve en cada una de mis venas...; pero, por el amor que te profeso, se debilitan mis ideas de venganza... ¡Oh! Yo no puedo permanecer aquí. Escucha, querida Zuleika, cómo Giaffir perpetró el horrible atentado.

### XIII

**C**omo las disensiones de ambos hermanos produjeron el odio, y si fué el amor o la envidia lo que hizo de ellos dos enemigos, lo ignoro completamente, y poco me importa. Entre espíritus altaneros, la menor muestra de desdén, una sola negligencia, basta para sembrar la discordia. Abdalah, mi pobre padre, era renombrado por sus hazañas guerreras, que son todavía objeto de los cantos bosniacos; y las hordas rebeldes de Paswan no han olvidado cuán funesta era su presencia para ellas. Lo que ahora tengo que referirte es su muerte, odioso resultado del aborrecimiento de Giaffir, y cómo descubrí mi nacimiento; averiguación a la que debo, a lo menos, el ser libre.





#### XIV

Cuando Paswan, combatiendo primero por la vida y después por el poder, llegó a tomar en los muros de Widin una actitud demasiado imponente, los pachás se reunieron al jefe del Estado. Entonces los dos hermanos, iguales en rango, se encargaron, cada uno separadamente, del mando de cierto número de tropas; dieron al viento sus colas de caballo, y fueron a agregarse al ejército en las llanuras de Sofía, donde levantaron sus tiendas en el sitio que se les señaló. ¡Vana precaución, ¡ay de mí!, para uno de ellos! ¿Por qué he de prolongar tanto esta triste relación? Por orden de Giaffir, un veneno sutil como su alma, preparado y vertido en la copa mortal, envió a mi padre al cielo. Al volver un día de caza fatigado y presa de la fiebre, se había metido en el baño, sin sospechar seguramente que para apagar su sed le presentaría el resentimiento de un hermano semejante brebaje. Un servidor comprado le llevó el vaso pérfido...; mi infeliz padre lo acercó a sus labios y bebió un sorbo; ¡no hacía falta más! Si pudieses abrigar alguna duda sobre la exactitud de los hechos que te refiero, Zuleika, pregúntale a Harun.

**E**jecutado el crimen y abatido en parte el poderío de Paswan, aunque jamás aniquilado, Giafir obtuvo el puesto de Abdalah. ¡Ah! Tú no sabes lo que en nuestro diván obtiene la riqueza, hasta en el ser más despreciable del mundo... Manchado con la sangre de su hermano, Giafir consiguió posesionarse de todos los honores que habían sido conferidos a su víctima. Es cierto que para comprarlos se vió precisado a agotar casi sus tesoros adquiridos por medio de infamias; pero la brecha fué reparada muy pronto. ¿Debo decirte de qué modo? Recorre esas campiñas y pregunta al miserable paisano si sus utilidades llegan a recompensar los sudores de su frente. Ignoro la causa por que el cruel usurpador respetó mi existencia y me admitió en su palacio. La vergüenza, el arrepentimiento, los remordimientos, la confianza que inspira un niño, la necesidad de adoptar un hijo que el cielo no le había concedido, tal vez una misteriosa intriga o solamente un capricho..., he aquí acaso todo lo que habrá contribuído a salvar mi vida. Pero esta vida, querida Zuleika, no fué nunca dichosa ni tranquila; él no pudo nunca dominar su carácter despótico, y yo... yo no pude perdonarle nunca la sangre de mi padre.



## XVI

**G**iaffir, en su propia casa, se halla rodeado de enemigos; los mismos que le deben la subsistencia no le son fieles en su mayor parte. Si yo hubiese descubierto el misterio de mi nacimiento a todos esos hombres descontentos, la vida del pachá contaría pocas horas de duración. No sería necesario más que un corazón sereno para conducirlos y una mano firme para indicarles el blanco donde deben herir. Pero sólo Harun ha nacido en el serrallo de Abdalah, donde ha ocupado el mismo puesto que hoy ocupa aquí...; él ha sido testigo de la desgraciada muerte de mi padre... y nada pudo hacer hasta ahora para vengarle... ¿Qué poder tiene un esclavo aislado? Sin embargo, procuró preservar al hijo de una suerte semejante. Cuando vió al altivo Giaffir, feliz y triunfante sobre los restos de sus enemigos, subyugados; de sus amigos, infamemente vendidos, me cogió por la mano, a mí, pobre huérfano sin apoyo, y me condujo a la puerta de su palacio, implorando al asesino del padre, la vida del hijo. Y no fué en vano. Se procuró ocultar a todos el secreto de mi naci-

miento, y especialmente a mí. Giaffir creyó esta precaución lo suficiente para su seguridad. Abandonó en seguida, con objeto de venir a habitar en esta costa de Asia, las riberas de la Romelia y nuestros lejanos dominios del Danubio, sin traer consigo más que a Harun, único depositario de sus secretos. Pero este nubio ha comprendido que los secretos de un tirano no son más que cadenas que oprimen con mayor fuerza al cautivo, y que éste desea romper, y me ha revelado toda esa tenebrosa historia con muchos otros detalles. Así, en su alta justicia, Alá concede al crimen esclavos, víctimas, cómplices..., ¡pero no un amigo!



## XVII

**J**efe de una banda de piratas! ¿Qué otra cosa podía llegar yo a ser? Tratado aquí como un desdichado proscripto; excitado por mil desprecios a desear una vida errante, independiente; abandonado a la ociosidad, porque los recelosos temores de Giafir me rehusaban un corcel y una lanza... ¡Ah! ¡Y cuántas veces, cuántas veces, ¡oh Mahoma!, el déspota se ha burlado de mí en pleno diván, como si mi mano, por flaqueza o falta de voluntad, no se atreviese a empuñar la brida y el sable! El se iba siempre solo a la guerra y me dejaba a mí inactivo, desconocido, confiado a los cuidados de Harun, como las mujeres, engañado en todas mis esperanzas, privado de todo medio de ilustrarme; mientras, tú, amada Zuleika, cuya constante ternura había sido el único consuelo de mi desgraciada suerte, eras conducida, para mayor seguridad, a los muros de Brusa, a fin de esperar allí el éxito de la batalla. Harun, compadecido al ver mi alma desolada bajo el yugo de la inacción, consintió, no sin temor, en dar libertad a su cautivo, y rompió mi cadena durante todo el verano, en virtud

de la promesa que le hice de volver antes del día en que Giaffir entregase el mando que tenía en el ejército. En vano intentaría describirte la embriaguez de mi corazón cuando, por la primera vez, pude contemplar a mi albedrío la tierra, el Océano, el sol y el cielo, como si mi alma se hubiese identificado con ellos y entrase en posesión de sus más íntimas maravillas. Una sola palabra podrá hacerte comprender este sentimiento sobrehumano... ¡Yo era libre! ¡Cesé de sufrir por tu ausencia...; el mundo..., el cielo..., todo era mío!





**E**l esquite de un moro fiel me arrebató de esta tierra de ociosidad. Yo tenía la mayor avidez de ver esas alegres islas, perlas de la diadema del viejo Océano. Las fui visitando alternativamente, y muy pronto las conocí todas. Cuán y cómo me reuni a esa banda, a la cual estoy ligado solemnemente, y con la que me he comprometido a vencer o morir, te lo diré en el momento que, realizados nuestros proyectos, llegue esta historia a su completo desenlace.

## XIX

**L**os hombres que componen esa banda, Zuleika, fuerza es decirlo, son hombres sin leyes, de formas groseras, de carácter feroz, perteneciendo a todas las razas, a todas las creencias, pero están dotados de una franqueza sin igual, de un brazo siempre dispuesto, de una obediencia ciega, y de un corazón ansioso de peligrosas aventuras, e inaccesible al temor; amigos de cada uno en particular, fieles a todos, inexorables para los traidores... he ahí lo que les hace instrumentos a propósito para llevar a cabo proyectos aún más extensos e importantes que los míos. Aunque hay algunos que se distinguen de los demás por ciertas cualidades muy recomendables, yo elegí para consejero y confidente a un franco dotado de la mayor prudencia. Entre esos valientes se encuentran también los últimos patriotas de la banda de Lambro, aspirando a los más altos destinos y disfrutando conmigo de una libertad anticipada; con frecuencia, agrupados cerca del fuego de la caverna, desarrollan planes quiméricos, respecto a la manumisión de los Rayas. ¡Ah! Yo les dejo que desahoguen su corazón ha-



blando de esa igualdad de derechos, que el hombre no conocerá nunca. ¡Porque también yo amo la libertad! Si; quisiera andar errante sobre el Océano, como aquel patriarca navegante, o hacer en la tierra la vida nómada del tártaro! Una tienda en la playa arenosa, una galera entre las agitadas olas valen más para mí que los serrallos y las ciudades. ¡Que mi correr o mi vela me conduzcan a través del desierto o en alas del viento! ¡Oh! ¡Salta, bota alegremente, mi buen caballo de Berbería! ¡Corre, hiende el mar a tu gusto, mi bella proa! Tú, Zuleika, serás la estrella que guíe mis pasos errantes; ven a ocupar y a bendecir mi barquilla; ven a ser para mi arca la paloma de las dulces promesas y la paz. ¡Y si acaso viésemos frustradas nuestras placenteras esperanzas en este mundo engañoso, tú serás el arco iris de una vida de tempestades, el rayo de luz de la tarde, cuya sonrisa aleje las nubes y colore el día siguiente con proféticos destellos! Los acentos de tu voz querida serán para mí sagrados como la voz del muezin dirigiéndose desde las murallas de la Meca a los peregrinos prosternados, cariñosos como la tierna melodía que arranca a la muda admiración una lágrima furtiva y dulce como el canto natal a los oídos del desterrado. He preparado para ti en estas islas risueñas una mansión florida como el Edén en su primera hora. Mil espadas, con el corazón y el brazo de Selim, estarán siempre allí para custodiarte, para defenderte, para vengarte, si tú lo ordenas. Rodeado de mi tropa fiel, con mi Zuleika al lado, depositaré a los pies de mi prometida los despojos de las naciones. Con semejantes goces y ocupaciones tales, se olvida fácilmente la ociosa languidez que consume la existencia en el harén. No me hago ilusiones,



sin  
das  
un  
ves  
tenc  
esas  
aba  
con  
para  
tros  
firm  
vez  
cab  
y d  
los  
par  
par  
rein  
cia  
otra  
de  
alm  
la c  
yor  
via  
se  
la  
fan  
con  
bie  
sió  
me  
ba



sin embargo, respecto a mi futuro destino; veo por todas partes innumerables peligros y un solo amor. Pero un corazón fiel compensará bien mis trabajos y los reveses de la fortuna, y hasta la traición de muchos pretendidos amigos. ¡Oh! ¡Cuán agradable es pensar en esas horas amargas, en las cuales pueda encontrarme abandonado de todos; serán endulzadas por tu cariño constante y desinteresado! Para calmar el dolor como para participar de la alegría, confundamos todos nuestros pensamientos, y que nada llegue a separarnos. ¡Sé firme como Selim, y Selim será tierno como tú! Una vez libre, mi deber es el de colocarme como antes, a la cabeza de mis soldados, todos amigos leales entre sí, y declarados enemigos del resto del mundo. Yo, como los demás, quiero usar de mi destreza y de mi fuerza; para ello no pido más espacio que el que puede ocupar la longitud de mi sable de combate. Los tiranos no reinan sino poniendo en práctica la astucia y la violencia; que ésta sea ahora nuestro único instrumento; la otra se empleará en su tiempo; cuando seamos dueños de las ciudades, esas cárceles sociales donde hasta un alma como la tuya se ve expuesta a perderse. Porque la corrupción es capaz de viciar un corazón que los mayores riesgos no han podido alterar; y la mujer, todavía más que nosotros, puede, en un caso dado, dejarse resbalar por esa pendiente fatal de los placeres y de la deshonra...; pero ¿qué estoy diciendo? ¡Atrás, infames sospechas! ¡Mi bien amada no tiene nada de común con vosotras! La vida, Zuleika, considerándola bien, no es más que un juego de azar; y en esta ocasión, sin tener ya que ganar, tenemos mucho que temer..., ¡oh!, mucho. Porque ¿no puedes serme arrebatada, ya por el poder de Osmán, ya por la inflexi-

ble voluntad de Giaffir? No obstante, ese temor debe desaparecer ante la brisa favorable que el amor promete esta noche a mi barquilla; ningún peligro puede alcanzar a dos amantes que el benigno Dios ha favorecido con su sonrisa. Toda clase de trabajo me será llevadero y dulce contigo; todo clima grato; la tierra como el mar, porque nuestro universo se hallará encerrado en nuestros besos. Si los vientos irritados silban sobre el puente, tus brazos se enlazarán más estrechamente alrededor de mi cuello; el último acento que se exhale de mis labios será, no un suspiro de pesar por la vida, sino una plegaria por ti. La guerra de los elementos no puede asustar el amor; su más terrible enemigo es la sociedad humana. Ese es el solo escollo que lograría detener nuestro curso... ¡En la mar, los peligros duran horas nada más...; en las ciudades, duran años los naufragios! ¡Mas abandonemos tan tristes ideas que se levantan delante de nosotros como horribles fantasmas! Este instante va a favorecer nuestra evasión o estorbarla para siempre. Pocas palabras tengo que añadir para dar fin a mi historia; tú no tienes más que pronunciar una sola y huímos en seguida de nuestros enemigos... Sí, Zuleika..., de nuestros enemigos... ¿Dejará de ser uno Giaffir, y bien terrible para mí? ¿Osman, que intenta separarnos, no debe ser el tuyo?

V  
cos  
te d  
mis  
esta  
Yo  
es l  
jos.  
ta..  
tem  
to;  
salv  
que  
to,  
lem  
jura  
mos  
ciar  
vida



## XX

Voy a concluir, Zuleika. En el plazo convenido estuve aquí de vuelta, pues si no, hubiera peligrado la cabeza de mi guardián Harum. Pocos supieron, ninguno repitió que yo anduviera errante de isla en isla. Desde entonces, aunque separado de mis compañeros y sin abandonar más que raras veces estas costas, nada emprenden aquéllos sin mis avisos. Yo trazo el plan..., adjudico los despojos... Por fin, ya es hora de que tome una parte activa en esos trabajos. Pero el tiempo apremia y mi barca está dispuesta... Decidete, dejemos detrás de nosotros el odio y el temor. ¡Mañana llega Osman con su acompañamiento; esta noche debe romperse tu cadena! ¡Si quieres salvar a ese bey orgulloso y quizá también al mismo que le ha dado el ser, partamos en este mismo momento, partamos! Si, por ventura, a pesar de lo que solemnemente me has prometido, intentases retractar tu juramento espontáneo..., entonces... permanezcamos...; yo me quedaré contigo... pero no para presenciar tu himeneo, sino para impedirlo a costa de mi vida.

## XXI

**Z**uleika, muda e inmóvil, se parecía a ese mármol, expresión del dolor, que representa a aquella madre que, perdida su última esperanza, se transformó en piedra: la cabeza, el seno, los brazos de la virgen eran los de una joven Niobe. Antes de que sus labios o sus miradas hubiesen intentado siquiera contestar a Selim, se percibió detrás de las verjas del jardín el brillante resplandor de una antorcha, luego otra, y después de muchas.

—¡Oh! ¡Huye, huye tú, que no eres mi hermano; tú que eres mucho más todavía!

A lo lejos, en todos los bosquecillos luce la rojiza y funesta claridad; y no solamente se divisan las antorchas, sino que la mano derecha de los que las traen empuña un sable desnudo además. Estos hombres ya se separan y buscan su presa por todas partes; ya vuelven a reunirse, paseando sus hachones y sus resplandecientes aceros. Detrás de todos, blandiendo su cimitarra, el terrible Giaffir exhala su furor. Ya llegan cerca de la gruta... ¡Oh! ¿Serán sus bóvedas el sepulcro de Selim?





A pesar de todo, Selim permanece sereno.  
—¡El momento ha llegado!—dice—. Pronto terminará todo. ¡Un beso, Zuleika; tal vez el último! Si mis valientes, que no deben estar lejos de la playa, oyese mi señal... Pero son tan pocos... ¡Vana tentativa! ¡No importa..., hagamos el último esfuerzo!

Al mismo tiempo se adelanta a la puerta de la caverna; brilla el fuego y resuena una estrepitosa detonación. Zuleika no se estremece siquiera, ni vierte una lágrima: la desesperación ha helado el llanto en sus ojos, como ha helado su corazón.

—No me oyen..., y aunque me oyese, no llegarían más que para verme morir; porque el ruido causado por mi disparo atrae los enemigos hacia nosotros. Llegó el momento. ¡Sal de tu vaina, espada de mi padre! ¡Jamás has brillado en un combate más desigual! ¡Adiós, Zuleika! ¡Adiós, tierna amiga mía! ¡Oh! Retírate, permanece en lo interior de la gruta... Allí estarás en seguridad, pues su cólera no se exhalará contra ti sino en palabras. No des un paso fuera de este

asilo... Un alfanje..., un puñal..., una bala perdida, podría alcanzarte. Nada temas por tu padre. ¡Muera yo mil veces antes de que mis golpes se dirijan contra él! ¡Aunque su mano haya vertido el funesto veneno, aunque me haya tratado el déspota como a un vil esclavo..., nada temas! Pero ¿he de presentar humildemente mi pecho a sus odiosos secuaces? ¡No! ¡Sólo Gíafir será exceptuado!

S  
Pero  
paso;  
camin  
corren  
de él  
comp  
¡Oh!  
to en  
sus g  
cen a  
agua  
nadan  
gan...  
sólo p  
sangr



### XXIII

Selim se lanza furioso hacia la playa: el primero que encuentra cae a sus pies, hendida la cabeza, el cuerpo expirante. Otro sufre la misma suerte. Pero un enjambre de enemigos le rodea, le cierra el paso; el joven, hiriendo a derecha e izquierda, se abre camino y consigue tocar casi a las olas, que parecen correr a su encuentro. La barquilla se acerca; no dista de él ni aun cinco veces la longitud de un remo; sus compañeros hacen esfuerzos inauditos para arribar... ¡Oh! ¿Llegarán a tiempo para salvarle? En el momento en que el pie de Selim se moja con la primera ola, sus guerreros se arrojan al mar; sus sables resplandecen a través de la rizada espuma; las montañas de agua los envuelven; pero ellos, frenéticos, incansables, nadan con vigor, a fin de acercarse a la orilla... Ya llegan..., ya tocan por fin en tierra. Llegan...; pero, ¡ay!, sólo para aumentar la carnicería y la matanza... ¡La sangre de su valiente jefe ha enrojecido ya las ondas!

## XXIV

**S**in haber sido alcanzado por las balas, desflorado apenas por el acero, vendido, sitiado por todas partes, Selim había llegado a ganar el límite en que la arena y las olas se tocan... Pero, en el momento en que su pie iba a abandonar la tierra firme, en que su brazo lanza el último golpe mortal, ¿por qué vuelve su cabeza? ¿Por qué sus ojos buscan aún alguna cosa inútilmente?

Esta detención, esta mirada fatal han puesto el sello a su sentencia de muerte o a su eterna esclavitud. ¡Ah! ¡En medio de los peligros y de los dolores la esperanza se abriga todavía en el corazón de un amante! Cuando se hallaba de espaldas al irritado mar y con sus fieles compañeros detrás de él, y bastante próximos, una bala silbó de repente:

—¡Así perezcan todos los enemigos de Giaffir!

¿Qué voz es la que se acaba de oír? ¿Qué arma ha sido disparada? ¿Qué mano ha lanzado ese dardo de muerte que ha resonado en el silencio de la noche demasiado cerca, y demasiado bien dirigido para errar el blanco? ¡Es tu voz, tu arma y tu mano, asesino de



Abdalah! ¡Tu odio ha preparado con horrible calma la muerte del padre y hoy concluye bien rápidamente con el hijo!

La sangre brota del pecho de Selim a copiosos borbotones, y tiñe de suave rosa la blancura de la espuma marina. Si los labios de la víctima exhalaron acaso algún débil gemido, fué ahogado en seguida por el ruido de las olas.

## XXV

**L**a mañana disipa lentamente las masas de nubes, que de ninguna manera revelan haber sido testigos de un combate; a los gritos que durante el reinado de las sombras turbaron el silencio de la bahía, ha sucedido la tranquilidad más completa; pero en los arenales se puede observar aún vestigios de la lucha, fragmentos de sables rotos, huellas de pasos multiplicados, y, sobre la arena, estampadas las señales de más de una mano convulsiva; más lejos, una antorcha extinguida, una barquilla desamparada, y en medio de las algas que se acumulan en la playa, en el lugar en que ésta se inclina hacia el abismo, una capa blanca; una capa blanca desgarrada en toda su longitud y señalada con una mancha de un encarnado oscuro, sobre la cual pasa el agua sin borrarla. Pero el que llevaba esta capa blanca ¿dónde está? Vosotros, los que tengáis necesidad de llorar sobre esos restos mortales, id a buscarlos a las riberas de Lemnos, donde la corriente suele depositar su carga después de haberla paseado alrededor del cabo de Sigeo. Allí, las aves de rapiña lanzan gritos salvajes revolando encima de su



presa, que no se atreve a tocar con sus picos hambrientos, porque, agitada sin cesar sobre aquella almohada movable, la cabeza del cadáver se levanta mecida por las olas, y la mano, impelida por un extraño movimiento, que no es el de la vida, parece que está amenazando todavía, elevándose con la oleada y descendiendo otra vez con ella. ¿Y qué importa que ese cadáver desapareciese en aquel sepulcro vivo? El ave que desgarras esas formas inanimadas no haría otra cosa más que arrebatarse a viles insectos. El único corazón que hubiera sangrado, los únicos ojos que hubieran llorado, viendo morir a Selim; el único corazón que hubiera sufrido horribles tormentos junto a esos miembros encerrados en una tumba; el único corazón, los únicos ojos que se hubieran afligido hasta el último extremo al pie de la fosa fúnebre adornada con un turbante... serían el corazón y los ojos de Zuleika. ¡Pero el corazón de Zuleika está despedazado ya..., y sus ojos se han cerrado... sí... cerrado para siempre..., antes aún que los de su amante!

## XXVI

Un canto de duelo se deja oír cerca de las olas del mar de Hele: los ojos de las mujeres están húmedos, las mejillas de los hombres están pálidas. ¡Zuleika! ¡Ultimo vástago de la raza de Giaffir! El esposo que te estaba destinado ha llegado demasiado tarde: no ve, no verá jamás tus facciones. ¿No hieren ya sus oídos los lejanos sonidos del Wul-Wuleh? Las plañideras de fúnebre cortejo, que lloran en el umbral de la triste morada, las voces que entonan el himno del destino indicado por el Corán, los esclavos que permanecen silenciosos con los brazos cruzados, los suspiros que se oyen en la sala, los gritos que se elevan en las alas de la brisa, ¿no le cuentan a un tiempo el suceso fatal? ¡Oh, Zuleika! ¡Tú no has visto caer al desgraciado Selim! Desde el terrible momento en que abandonando la caverna se separó de tu lado, tu corazón dolorido se desgarró completamente. ¡Selim era tu esperanza, tu alegría, tu amor, lo era todo para ti! ¡Tu pensamiento se dirigió 'hacia aquel que no podías salvar, y esta idea produjo en ti la desesperación, y luego... la muerte! ¡Un grito se 'exhaló de tu



pecho..., un grito desgarrador..., y en seguida quedaste tranquila, ¡ay, de mí! ¡Paz a tu pobre corazón destrozado! ¡Paz a tu tumba virginal! ¡Dichosa Zuleika, a pesar de todo, pues no has perdido de la vida más que lo que ésta tiene de peor! ¡Ese dolor tan profundo, tan terrible, es verdad, era, sin embargo, tu primer dolor! ¡Oh, tres veces dichosa! No tener que experimentar, no tener jamás los tormentos de la ausencia, de la vergüenza, del orgullo ultrajado, de los remordimientos, esas angustias más que insensatas, ese gusano roedor que no muere nunca, que nunca muere; esos pensamientos que oscurecen el día y pueblan la noche de fantasmas, que temen la oscuridad y huyen de la luz, que circulan alrededor del corazón palpitante y le desgarran sin cesar... ¡Ah! ¡Por qué no le consumen de una vez!

¡Infeliz de ti, cruel e imprudente pachá! ¡En vano cubres con ceniza tu cabeza, en vano empuñas el cizorio con esa misma mano que hizo perecer a Abdalah y a Selim! ¡En vano te arrancas tu blanca barba en el acceso de una desesperación impotente! ¡El orgullo de tu corazón, la bella desposada del poderoso Osman, la que tu sultán mismo te hubiera pedido para esposa si llegara a verla, tu hija, en fin, ha muerto! ¡Ha caído para no levantarse más ya la esperanza de tu vejez, el único rayo del crepúsculo de tu vida! ¿Y quién ha podido extinguir ese dulce y luminoso rayo de las olas de la mar de Hele? ¡La sangre que tú has derramado, asesino! Escucha, Giaffir, a ese grito de tu desesperación:

—¡Hija mía! ¡Hija mía! ¿Dónde está?

El eco responde:

—¿Dónde está?

## XXVII

**E**n ese recinto donde se divisan millares de sepulcros bajo la triste sombra de los cipreses, de estos árboles que en medio del luto que les rodea están llenos de vida y no se agostan jamás aunque sus ramas y sus hojas lleven impresos el sello de un dolor eterno como el dolor de un primer amor desgraciado... En ese recinto, hay un sitio siempre florido. En este sitio del jardín de la muerte, una sencilla rosa, tierna y pálida, esparce su aroma solitario; es tan blanca que se diría que la mano de la desesperación la había plantado; tan débil, que la más insignificante brisa podría dispersar sus pétalos en el aire. Y, no obstante, en vano la atormentan el frío y las tempestades; en vano manos más rudas que el mismo aliento del invierno la arrancan de su tallo. Al día siguiente se la ve florecer de nuevo. Un genio debe cultivar la planta con amoroso cuidado y regarla con sus lágrimas celestiales, pues (las vírgenes de Hele lo saben bien) esta flor no puede tener nada de terrestre cuando desafía así el soplo agostador de las tempestades y consigue dar vida siempre a un nuevo capullo, sin necesidad de las



benéficas lluvias de la primavera, ni de los calores del estío. Para ella únicamente canta durante toda la noche un pájaro que nadie ve, aunque parece estar muy cerca de ella; las alas de este pájaro son invisibles; pero las notas simpáticas y prolongadas de su canto son dulces como el arpa de una huri. Podría ser tal vez un ruiñeñor, mas aunque melancólica, la voz del ruiñeñor no tiene tales acentos, porque los afortunados que han podido oírlos son detenidos en este recinto por una atracción irresistible y vagan errantes de un lado a otro llorando, como si amasen sin ser correspondidos. Pero sus lágrimas son tan dulces, su pena tan exenta de terror, que ven con pena venir la aurora a interrumpir aquel misterioso encanto que ellos quisieran prolongar indefinidamente. A los primeros albores de la mañana, cesa la mágica melodía. Algunos han llegado a creer (hasta tal punto los bellos desvaríos de la juventud nos alucinan) que esas notas penetrantes y graves articulaban el nombre de Zuleika. Desde la cima del ciprés que crece sobre su tumba es donde resuena en el aire esa palabra de sílabas límpidas sobre su humilde fecho virginal, es donde la blanca rosa ha nacido... Allí se había colocado una lápida de mármol...; pero... un día por la tarde se puso, y a la mañana siguiente no se encontró ya en su sitio. Y, sin embargo, ningún brazo mortal tocó a este monumento fúnebre profundamente encajado en la tierra...; pero si se ha de dar crédito a lo que cuentan las leyendas de las orillas de la mar de Hele, la marmórea losa apareció colocada en el mismo paraje donde Selim había muerto. Allí está bañada por las mugidoras olas que han rehusado al hijo de Abdalah una sepultura más santa. De noche, dicen, se ve inclinarse sobre ella una cabeza

lívica rodeada de un turbante, y este mármol al borde de la mar es llamado "La almohada del pirata". En el sitio donde al principio se había puesto, cubriendo el delicado cuerpo de la hija de Giaffir, florece todavía todas las mañanas la rosa solitaria y bañada de rocío, la rosa pura, fría y pálida como las mejillas de la hermosa que derrama algunas tiernas lágrimas al recorrer las páginas de esta dolorosa historia.





Lea Vd.

# EL CVENTO AZVL

Selección de los mejores  
cuentos y novelas cortas  
de los más famosos autores

**40 cts.**

# EL TEATRO

## MODERNO

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Hispano-América		Otros países	
Año.....	Pesetas 24	Año.....	Pesetas 40
Semestre....	» 12	Semestre....	» 24
Trimestre...	» 6	Trimestre...	» 12

### PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN  
AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

### CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

**Prensa MODERNA**  
PUBLICACIONES

A. AGUILERA, 58

MADRID

APARTADO 5012





## **El Cuento Azul**

EJEMPLAR: 40 CÉNTIMOS

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Hispano-América		Otros países	
Año.....	Pesetas 20	Año....	Pesetas 34
Semestre...	> 10	Semestre...	> 20
Trimestre ..	> 5	Trimestre ..	> 10

### PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN  
AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

### CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además, para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de Correos, cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

**PRONTO**

# La Novela Famosa

**¡ALARDE EDITORIAL!**

Las mejores novelas del mundo, en tomos de 250 a 300 páginas, lujosamente editadas al precio de

**¡UNA peseta!**

Sy  
cuela  
ser u  
nero  
poco  
pues  
F  
cer  
cons  
arra  
trae  
en c  
To  
éxito  
fino  
tor  
pued  
emo  
"p  
libro  
y co  
La  
vela  
nés,  
PI  
la e  
pres  
cion  
entre





Sydney Horler

Sydney Horler, el autor de mayor éxito entre los de la joven escuela de novelistas sensacionales ingleses, ha llegado rápidamente a ser una gran figura popular, una figura cumbre, del sugestivo género literario en que aquéllos son verdaderamente maestros; en pocos años, una docena de libros le han bastado para escalar el puesto de autor favorito de las grandes masas de lectores.

Folletinista de los mejores del mundo, sus obras suelen aparecer primero en los folletines de los diarios; y de los diarios, que constituyen su lectura predilecta, y cuyas noticias le inspiran, suelen arrancar sus obras. "Porque—se pregunta él mismo—, ¿puede sus- traerse mi mente a la sugestión del reporte cuando hay una novela en cada número de un periódico?"

Todos los libros de Sydney Horler, sin excepción, alcanzan un éxito inmediato. Entre la multitud de escritores de aventuras, el fino instinto del público descubrió en seguida en Horler a un escritor distinto. "Horler—se dice—es el más perfecto novelista que se puede apetecer." Nada más cierto; porque Horler es el mago de la emoción.

"Horler para la excitación", reza la leyenda impresa en todos sus libros por sus editores ingleses; y el novelista enarbola esta divisa y comprueba plenamente su veracidad.

La fama de Sydney Horler es ya universal; sus emocionantes novelas han sido traducidos al holandés, alemán, francés, sueco, japonés, danés, noruego, checoslovaco, y ahora al polaco y al español.

PRENSA MODERNA no ha escatimado esfuerzos para contratar la exclusiva de publicación en nuestro idioma de todas las obras presentes y futuras de este incomparable autor de novelas sensacionales, cuyas admirables creaciones le han valido el ser conocido entre sus admiradores por "El divino Sydney Horler".

COMPRE USTED

# AVENTURAS

La publicación que más  
se lee hoy en España

EJEMPLAR: 50 CENTIMOS





**LEA VD.**

**popular**  
*Quincenal 1 pta*

LOS JUEVES  
**EL VIENTO AZUL**  
40 cts

LOS VIERNES  
**EL TEATRO MODERNO**  
50 cts

LOS SABADOS  
**AVENTURAS**  
50 cts

LOS DOMINGOS  
**El Sheriff**  
50 cts

**gémima**  
*Quincenal 1 pta*

**NOVELAS EMOCIONANTES**  
*Quincenal 2 pta*

*- Solicite catálogo -*